un juez y de un legislador, sino de un caudillo militar, que acabase por la espada la obra comenzada por la palabra y la religion. La mision de Moisés habia terminado. Llama á Josué, hijo de Nan, y colocando sus gloriosas manos sobre la cabeza del nuevo gefe, le dice: "Sé firme y valeroso, porque tú harás entrar á este pueblo en la tierra que el Señor ha jurado á sus padres darle, y tú tambien la dividirás á la suerte. El Señor que es tu conductor, estará contigo y no te dejará ni te abandonará jamas: no temas y no te dejes intimidar." Moisés murió á los ciento veinte años de edad. Así fué establecido Josué gefe del pueblo de Israel.

En su eleccion termina el primer periodo de la historia santa, el de la ley, y comienza el segundo periodo, el de la conquista. Josué ejecuta la voluntad de Dios; los hebreos entran en la tierra prometida. La conquista es acompañada de prodigios. Caen al son de las trompetas por tierra los muros de Jericó, el terror se apoderó de los pueblos de Palestina á la noticia de la invasion, y se juntan todos los gefes del pais, á quienes la Escritura llama reyes. Aquí comienzan las operaciones militares y una marcha estratégica descrita en el libro de Josué, con una precision y cuidado notable, y en que quince siglos antes de que la civilizacion hubiese hecho brillar las ciencias entre los griegos, la geografía de la Escritura traza las distancias y describe exactamente los lugares que recorre Israel viagero y conquistador. Los hebreos vencen en todas partes, derriban las murallas de las ciudades, pasan á cuchillo á poblaciones enteras, porque Dios habia prohibido á su pueblo hacer alianza con los que permanecian en Palestina, para que no abandonasen su culto entregándose á su ejemplo á la idolatría. Seria desconocer el objeto inmenso de la legislacion de Moisés y el pensamiento de porvenir y de inmortalidad que le domina, el no juzgar este mandato severo y absoluto mas que por los principios generales de humanidad á que no podia atender el legislador supremo de Israel; la conducta de Josué y de su pueblo en estas circunstancias, es una consecuencia inevitable de la ley, y á ella solo deberia acusarse si se creyese en estado de pesar el entendimiento humano los decretos de la Providencia! A la muerte de Josué manifestaron de nuevo los hebreos su inclinacion casi irresistible á la idolatría, mas fuerte que todas las maravillas de que vivian aún tantos testigos entre ellos. Entónces comienza para ellos este estado singular en que vivieron por tan largo tiempo, en el que su gran Dios pasando sin cesar de la cólera á la misericordia, no parece ocupado sino en sacar á su pueblo de los estravíos de los otros pueblos, ora le castigue por la guerra, la esclavitud y por todas las plagas cuando levantan altares á los dioses estraños; ora le haga conseguir importantes, inesperadas, milagrosas victorias sobre sus enemigos, concediéndole la dulzura de la paz y la prosperidad cuando dócil y sumiso observa sus mandamientos.

Entónces tuvo orígen en Israel el gobierno singular de aquellos gefes que la Escritura llama JUECES, y cuya dignidad ni era hereditaria ni tampoco electiva. Porque aunque el pueblo los elegia, esta eleccion fué siempre considerada como el efecto de una inspiracion divina. Bajo este gobierno segun merecia la cólera ó el castigo, fueron sucesivamente entregados á Chusa, rey de Mesopotamia: á Eglon, rey de Moab: á Jabin, rey de los cananeos: á los madianitas, los amonitas, á los filisteos, y libertados despues por Othoniel, Aaod, Baruc, Jepthé, Sanson y Gedeon. La anarquía tambien levantó á veces la cabeza entre las tribus de Israel; empero la institucion admirable de las tribus que tenian su principio de vida en esta sociedad misma, impedia la disolucion social, y los JUECES que vivian en medio de sus hermanos sin comitiva, sin pompa, sin aparato, guardianes de las leyes existentes á las que nada les era permitido añadir, defensores de la religion, vengadores de los crímenes, y sobre todos el de la idolatría, orígen de todos los demas, cuando Dios no les hacia conocer directamente su voluntad encontraban su principal auxilio en el sacerdocio.

Admirable es la legislacion sacerdotal de Israel. El sacerdocio es patrimonio esclusivo de una sola tribu, la de Leví. Los sacerdotes solos están encargados de instruir al pueblo y de interpretar la ley, y esta ley que á ellos pertenecia interpretar, era á la vez civil, judicial, política y religiosa, y el código único y universal de los hebreos. Los sacerdotes no están escluidos de las demas funciones civiles, ejercen frecuentemente las judiciales, y pueden aspirar á los cargos de la milicia, y mas de una vez obtienen cargos importantes en el mando de los ejércitos; en fin, nada hay superior á su influencia en los negocios del Estado y se les vé mezclados sin cesar con los gefes de la milicia y los príncipes de Israel.

El sumo sacerdote, que no debia su alta dignidad ni á la eleccion de la muchedumbre, ni á la voluntad de los jueces, ni á la ambicion y la intriga, ni aun á los talentos y méritos, sino á su derecho de nacimiento, por estar vinculado el pontificado en la familia de Aaron, era el juez sin apelacion en todos los negocios religiosos, y en el órden civil el árbitro de aquellos que no bastaba á resolver la sabiduría humana. Dominaba en los consejos de la nacion y nada se emprendia sin consultarle antes en el pueblo de Dios.

Ademas de este sacerdocio incomunicable, no habia mas que un solo santuario donde Dios quisiese ser adorado, y donde se le ofrecian víctimas en holocausto. Así él TABERNACULO era mirado como la morada de Dios, y en efecto daba muestras sensibles de su presencia en él. El arca santa que contenia las tablas de la ley, título de la alianza de Dios con su pueblo, estaba allí depositada, el arca que habia viajado cuarenta años con los hebreos en el desierto, que despues de la conquista de la tierra prometida habia permanecido tres siglos en el Silo y de allí habia sido trasladada á la ciudad de Gabaon!

Allí estaba aún, siempre encerrada, cuando los israelitas disgustados del gobierno divino, piden un rey como tenian las demas naciones. Samuel, el último de los jueces, vierte el óleo santo sobre la cabeza de Saul y le consagra primer rey. Entónces comienza con todo su brillo la carrera de los profetas, que de cuando en cuando aparecian en el pueblo de Dios, si bien fueron muy raros desde la vocacion de Sanson hasta la de Samuel, en quien comienza esta série de hombres inspirados que hace salir Dios de las clases mas ínfimas para advertir á los reyes, reprenderlos, amenazarlos, anunciarles su furor ó su cólera y hasta deponerlos cuando se hubiera llenado la medida de sus crímenes. Estos hombres pobres, siempre perseguidos y maltratados, muriendo las mas

veces por haber anunciado la verdad, son los primeros eslabones de la larga cadena de mártires que entónces y hasta la consumacion de los siglos habia de inmolar el mundo!

Aunque monárquico, no deja de ser por eso teocrático en su esencia el gobierno de Israel. Dios depone del trono á Saul, cuyo reinado habia comenzado con gloria. David debe á su piedad la prosperidad de su largo reinado. Profeta él mismo, escucha respetuoso y humilde á los otros profetas, ora le adviertan y reprendan, ora despues de sus pecados vengan á anunciarle los castigos terribles con que debe expiarlos; Salomon su hijo, este rey pacífico, levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios; Israel es feliz y glorioso; empero en su vejez Salomon abandonó la senda que le trazó David; se entrega á los placeres, y las mugeres estrangeras le pervierten y arrastran hasta la idolatría. A la muerte de Salomon estalla la revolucion comprimida durante su vida. Su hijo Roboan vé desmembrarse su reino. Diez tribus se separaron bajo la direccion de Jeroboan, que para impedirlas que vuelvan á unirse con los reyes de Judá, las lanza en la idolatría y constituye un nuevo reino.

Judá y Benjamin permanecen fieles á los herederos de David, los levitas se unen á las dos tribus y no se interrumpen el culto y las ceremonias.

Una série de monstruos, impíos, idólatras, violadores de todos los derechos, ocupan sucesivamente el trono levantado por Jeroboan. Nodab, Bassa, Amri, Achab, Ochozias, Jehu, reyes á cual mas impíos, resisten la misericordia de Dios, que en vano por medio de prodigios y la voz de los profetas que suscita en medio de ellos Oseas, Micheas, Elías, Eliseo, intenta sacar á los reyes y á los pueblos de la estraviada senda en que se habian lanzado. La paciencia divina se cansa, y este reino es entregado á los reyes de Asiria, y las diez tribus trasportadas mas allá del Eufrates, desaparecen para siempre del número de las naciones.

No ménos horrible y aflictivo espectáculo presenta el reino de Judá. Tambien reyes perversos ocupan su trono, y corrompen el pueblo y le hacen idólatra. "La rebelde Israel, decia Jeremías, parecerá justa comparada con la perfidia de Judá." Empero en el reino de Judá está la ciudad santa, y en esta ciudad el solo templo donde el Señor queria ser adorado; la raza de los sacerdotes y de los levitas conserva su gerarquía, sus derechos inviolables, la sucesion no se interrumpe ni un solo instante. Los esfuerzos de los reyes impíos no podian nada contra la institucion del sacerdocio, que como poder espiritual jamas fué impunemente atacado. Hubo en Judá reyes impíos y reyes escelentes: el mal que causaron Joram, Achaz, Manases y Amon, fué reparado por Abiam, Josaphat, Ezequías y Josías!

En fin, Judá como Israel, colmó la medida de los crímenes, y el Señor lo entregó esclavo al mas poderoso rey de la tierra; empero su cautividad no será eterna como la de las diez tribus, porque el sacerdocio ha conservado intacta en Judá la ley religiosa, y Dios tendrá misericordia de esta porcion de Israel, pasados que sean setenta años de cautividad en Babilonia, y á las márgenes de sus rios llorará arrepentido el pueblo y guardará la ley que menospreciaba en Jerusalen.

Ciro, á quien Dios habia llamado por su nombre por boca de Isaías, doscientos años antes de su nacimiento, para ser el instrumento de sus venganzas, se apoderó de Babilonia, "esa gran prostituta de las naciones." Los judíos, llamados por el rey de Persia, reconstruyeron su nacionalidad que no habian perdido en su cautiverio, porque conservaron su fé, y volvieron á su patria con un solo corazon y con una sola alma. ¡Dios habia triunfado! Los judíos ofrecieron al mundo la maravilla de ser el solo pueblo que adoraba al Dios único, cuyo culto era el verdadero, y conserva la unidad religiosa, ora prospere bajo el protectorado de los reyes persas, de quienes quedan tributarios, ora las guerras que ensangrientan la sucesion de Alejandro les hagan tan pronto súbditos de los reyes de Egipto, como de los reyes de Siria. Oprimidos bajo los reyes impíos Seleuco y Antioco, que habian jurado la destruccion del culto judáico, ó vencedores por el esfuerzo de los Macabeos, nada les hizo ya titubear en su fé. Tan profunda impresion habia recibido aquel pueblo del cumplimiento exacto de las palabras de sus profetas. El nuevo reino de Judea se conserva contra todas las probabilidades humanas, en medio de las mas estraordinarias circunstancias muy conocidas en la historia, hasta que segun la célebre profecía de Jacob, *viniese el que debia ser enviado.* Entónces se estingue este reino en la persona de Herodes, que ni aun era judío y tenia su poder de los romanos.

Ese pueblo debia ser el deicida, y errante sobre la tierra despues, ser un monumento de la cólera divina! Respetemos, sin embargo, á ese pueblo; respetémosle mas que á otro alguno, porque en su destino se vé el signo de una mision divina: rodeado por todas partes por la idolatría, cuyos voluptuosos cantos puede oir desde lo alto de sus montañas; cuando Tiro y Sidon festejaban la vuelta de Adonis, resiste á las seducciones, ó guarda en el fondo del Santo de los Santos, encerrado en el tabernáculo, la idea de la unidad de Dios que dará al mundo, cuando el mundo se canse de sus dioses de oro y de piedra. Reconociendo qué precioso dogma estaba encargado de defender y de conservar, se esplica aquella insociabilidad que tantas veces se les ha imputado á crímen: se comprende la severa austeridad de las leyes mosaicas y se quita la tentacion de gritar anatema contra aquellos hombres tan prontos en hacer correr la sangre, en acabar con los vencidos y aun con sus mismos hermanos cuando prostituian su incienso á los ídolos; porque aquella nacion debia estar separada del resto de las naciones á toda costa.

Sin embargo, era preciso que Jehová saliese del santuario, porque la humanidad no estaba desheredada para siempre de la verdad religiosa. Los tiempos fijados por Dios habian llegado: aquel pequeño rincon de la tierra, pobre, infecundo, batido por todo el viento de las miserias humanas, que se llamaba la Judea, se iluminó de repente con una luz celestial, desmoronándose las paredes del antiguo templo; el Santo de los Santos se abismó, porque el pavimento del nuevo templo debia ser la tierra, su bóveda el cielo, sus altares las montañas y su santuario el corazon del hombre justo. Cuando se habia disipado un poco el estupor en que aquella gran revelacion sumió al mundo, el hombre miró y vió una cruz, y al pié de aquella cruz un mundo nuevo.

Los judíos son el pueblo de la unidad religiosa: los romanos el de la

unidad política. Este pueblo, á quien los oráculos habian prometido el imperio del mundo, *non peritura regna*, tenia el templo del acero. Empezó por un puñado de hombres heróicos, de bandidos; poco importa el nombre, porque bandido es el héroe de los tiempos bárbaros. Aquellos bandidos de la primitiva Italia fueron con su caudillo Rómulo á arrojarse atrevidamente entre las belicosas poblaciones del Lacio y de la Sabinia, y la muelle y rica Etruria. Allí se construyeron sobre algunas colinas que rodean al Tiber, un campamento atrincherado que les sirvió de retiro, y de donde se precipitaban como tigres sobre cuanto pasaba al alcance de sus armas. Nacidos de la guerra, no podian vivir sino por la guerra, y así la hicieron eterna. En el espacio de setecientos veinte años no pudieron cerrar mas que tres veces las puertas del templo de Jano.

Como el pirata normando de la edad media, que en su barca apenas cerrada cubria los tempestuosos mares del Norte y abordaba en el punto donde le impelia el viento, así todos los veranos salian los romanos de la ciudad para ir al Norte y al Sud, al Este ó al Oeste, á segar armados los campos de sus vecinos. Sus progresos fueron lentos; al cabo de trescientos años apenas poseian algunas leguas de territorio; empero lo que una vez habian hecho, era para siempre; no abandonaban una ciudad hasta despues de haberla borrado del suelo, un pueblo hasta despues de haberle quebrantado y esprimido, á fin de que nunca mas pudiese levantarse y servirse de sus brazos contra él. Así es que el nido del águila estaba rodeado á lo léjos de escombros y de ruina, entre los que rastreaban los vencidos que habian obtenido licencia para vivir. Roma mantenia y halagaba á los que creia vencidos para siempre: de esta suerte, avanzando paso á paso, sin dejar nunca un enemigo á sus espaldas, domó sucesivamente todos los pueblos de Italia, y despues á todo el mundo. Cuando Roma llevó sus armas fuera de la península Itálica, la Grecia habia vivido ya la edad de un pueblo, y el Oriente, degenerado bajo los sucesores de Alejandro, medio griego y medio bárbaro, habia perdido toda su fuerza vital. Roma tocó con el dedo aquellos magníficos monarcas apellidados Epífanes ó Theos (ilustre Dios), aquellos reyes impíos, que no habian temido poner la mano en el templo del Señor, y cayeron ante ella heridos, como su ministro Heliodoro, de la cólera divina. El Occidente resistió mas: las belicosas tribus de España, de las Galias y de la Germania, hicieron sentir mas de una vezá los legionarios el peso de las espadas bárbaras; pero fué preciso, al fin, que el Occidente, como el Oriente, cediese á la tenacidad romana y doblase la rodilla ante la *reina de las ciudades*.

Así desde el Eufrates hasta el océano germánico, del Danubio al pié de Atlas, todo se sometió á las órdenes de magistrados nombrados en una ciudad de Italia. Aquellos pueblos, tan diferentes en costumbres, en lengua, en civilizacion, se hallaron singularmente sorprendidos de hablar la misma lengua, de llevar todos el mismo nombre. Antes de Roma, jamas tan grande unidad se habia visto en el mundo: grandes imperios se habian alzado, pero ninguno habia dilatado tanto sus fronteras; jamas tampoco, y este es un hecho inmenso, mas importante que la misma conquista, jamas las naciones habian perdido de aquella suerte

su carácter nacional bajo la mano del conquistador. Este resultado fué la obra del derecho romano, que en todas partes se sustituyó á las legislaciones particulares, porque todos los años los pretores y los procónsules, fueron á las provincias á establecer tribunales, donde los vencidos eran juzgados con arreglo á las leyes hechas en la plaza pública ó en el senado de Roma. Nada podia mejor y mas prontamente consumar la unidad política empezada por la conquista, pues que lo que constituye una verdadera sociedad es no tener mas que una sola y misma legislacion. Añádase á esto, que las legiones, al retirarse, habian dejado en todas partes detras de sí, sobre todo en las provincias occidentales del imperio, colonias romanas que, viviendo en medio de los vencidos, los iniciaban en sus costumbres y les hacian hablar la lengua de la gran metrópoli, miéntras que la lengua griega, llevada por Alejandro hasta el Indo, se hacia vulgar en Oriente y se enseñaba en todas las escuelas del imperio.

De esta suerte una ciudad se asimiló al mundo entero: esta fué la obra de siete siglos!

Triste es, sin duda, ver una sola ciudad arrebatar sucesivamente su libertad á todos los pueblos del antiguo continente, á aquellos celtíberos, que preferian abrasarse á sí mismos en Numancia á ser llevados á Roma en triunfo: á aquellos germanos, á aquellos galos, contra quienes empleó diez años de su vida el hombre mas grande de Roma.

Roma tenia una santa mision que cumplir; era preciso que con la espada de las legiones, pasando el nivel sobre el mundo, derribase todas aquellas nacionalidades que alzaban invencibles barreras entre los pueblos; era preciso que hiciese de todas aquellas naciones, hostiles unas á otras, un solo pueblo con unas mismas leyes y una misma civilizacion, sociedad uniforme sobre la que fué á estenderse el cristianismo.

Así cuando Augusto, por la victoria de Accio, da al fin al imperio la paz política de que tenia hambre y sed despues de tan largas guerras, hubo en toda la tierra como un gran silencio para oir la voz que iba á resonar en el Calvario y que debia de legar á los hombres la paz moral.

Aunque Cristo dijo: "Dad al César lo que es del César," y tambien "El que á hierro mata á hierro morirá," no traia al mundo una paz eterna, porque todavía no podia proscribir la guerra que mezcla los pueblos y las ideas, la guerra que iba á llevar al pié de la cruz aquellas poblaciones vírgenes, detenidas por el imperio detras del Rhin y el Danubio, y que debian hacer correr en las agotadas venas del romano una sangre mas jóven y pura. Para una religion nueva se necesitaban hombres nuevos, almas que no estuviesen todavía corrompidas por aquella muelle, degradante civilizacion que habia hecho caer en tanta humillacion á los romanos del imperio; y á aquellos verdaderos hijos del cristianismo, solo la guerra los podia levantar de su barbarie para elevarlos á la moralidad cristiana. Lo que Cristo legó al mundo cuando subió al cielo, fué la paz moral, la unidad de las creencias; la religion *católica* segun el sentido etimológico de esta palabra: "Id, dijo á sus discípulos, y bautizad á las naciones en mi nombre;" y los doce fieles partieron para cumplir las palabras del Maestro. Con sus robustas manos sacudieron todos aquellos

Olimpos que habia creado la imaginacion pagana, y desde el Egipto hasta la isla de Mona, hicieron temblar á los falsos dioses en sus altares.

Roma, que creia que todo debia ceder á una voluntad firme, habia querido establecer la paz y la unidad religiosa como habia establecido la paz y la unidad política; empero no era esta su mision: habíale sido dado vencer toda resistencia armada y esclavizar al mundo; pero someter este mundo vencido á un mismo culto, era cosa mas difícil; lo intentó y no pudo lograrlo. Al principio creyó conseguirlo mostrando una tolerancia universal, alzando su Panteon para ser asilo de todos los dioses, á quienes daba derecho de ciudadanía.

De esta suerte intentaba Roma llegar á ser el centro de todas las religiones, el santuario de todas las divinidades; sin embargo, su tolerancia se desmintió en punto á los dioses del Oriente, como si temiera instintivamente aquellos cultos que no podia comprender: conocia que allí naceria la luz ante la cual debian desaparecer todas aquellas vanas creaciones del error; siempre persiguió á los que intentaron importarlos á Italia. Ya, doscientos años antes de la república, Canton el Censor queria cerrar las puertas de Roma á aquellas religiones orientales, harto vastas ademas para contenerse en el estrecho Capitolio de la roca Tarpeya. Los primeros emperadores siguieron esta política: los sacerdotes de Isis y de Serapis, los judíos y los cristianos, fueron perseguidos. Sin embargo, para que el hombre se convenciese bien de su impotencia, miéntras que no queria contar mas que consigo mismo, era preciso que Roma ensayase todas las formas religiosas inventadas por el paganismo del Oriente y del Occidente, antes que llegase á ella la palabra santa. Ya, en su cosmopolitismo religioso, habia, con su poderosa mano, atraido á ella todas las religiones del Occidente, todas se las habia tragado, las habia desfigurado y herido de muerte, como aquellos inmensos reptiles que agarran todo lo que pasa á su alcance, lo envuelven en sus tortuosas roscas, lo rompen, lo aplastan y lo dejan caer en seguida sin vida, sin forma y sin color; masa inerte que en breve se corrompe al sol. Solo á principios del tercer siglo de la era cristiana tomaron solemnemente posesion de Roma los cultos del Oriente: entónces no entraron furtivamente, sino en mitad del dia, á la vista de todos, conducidos al Capitolio por un emperador, por Eliogábalo, jóven sirio, gran sacerdote de Baal, que fué llevando consigo á su dios.

El Oriente, sus cultos, los emperadores que enviaban Roma fueron maldecidos, y las mostruosas orgías, los crímenes de todos los dias, las saturnales de todas las noches continuaron. Roma continuó tambien la persecucion contra los justos: "¡A los leones! gritaba el pueblo: ¡A los leones el cristiano!" y los mártires volaban con alegría á enrojecer con su sangre la arena del anfiteatro. En aquella época de fé sincera y de viva esperanza, el alma se sentia estrecha en su cárcel de carne, y aspiraba á la muerte como á la libertad. ¿Qué podian contra este santo entusiasmo Neron, Domiciano, Septimio Severo, Decio, Galerio? Todos sus esfuerzos fueron vanos: la sangre de los mártires era como una semilla de cristianos. La religion hostigada, proscrita, crecia bajo las persecuciones, é iba envolviendo poco á poco á toda aquella decrépita sociedad,

que todavía pugnaba por cebar en ella sus impotentes furores. En fin, en el año 303 el cristianismo triunfante, se sentó con Constantino en el trono imperial y la humanidad empezó una vida nueva!

Empero detras del imperio, en todas las fronteras, habia bárbaros que querian tambien sentarse á la mesa del festin servido para Roma; lanzados por un impulso fatal, llegaban del Oriente y del Occidente. Ya se oia el ruido de sus pisadas; ya estaban al pié de los *Castra Strátiva*, y medían con los ojos la altura de los atrincheramientos romanos. La religion osó arrostrar aquel mar tempestuoso: salió al encuentro de los bárbaros, los bautizó, los hizo cristianos y selló con ellos aquella alianza de que salieron la edad media y los tiempos modernos. Hijo dócil, el bárbaro creyó lo que le enseño la Iglesia; no fué, como los sutiles y disputadores griegos de Alejandría y de Constantinopla, á pedir razon de todas la palabras de su Evangelio: inclinó la frente bajo la mano del sacerdote, quemó lo que habia adorado y adoró lo que habia quemado. Los heresiarcas de los primeros siglos de la Iglesia habian callado. La Europa entera alababa, á pesar de la diferencia de pueblos, al Señor, en la misma lengua, con las mismas oraciones; maravillosa unidad que el mundo iba á ver por la vez primera. La obra de Roma habia desaparecido; las barreras se habian vuelto á alzar mas altas entre los pueblos, entre las tribus; las naciones eran de nuevo desconocidas unas á otras; pero el pobre peregrino podia con toda seguridad atravesar de un estremo á otro del mundo cristiano. Por la señal de la cruz se le reconocia por hermano; en todas partes era acogido, respetado, y no pagaba mas que con una bendicion, con una oracion al cielo la hospitalidad que se le daba. En las Cruzadas, sobre todo, fué donde brilló aquella unidad moral de todas las naciones cristianas. Aquellos hombres del siglo XI, á quienes el feudalismo habia arraigado en el suelo tan fuertemente como los castillos de que por do quiera estaba erizada la tierra, se alzaron á la voz de un pobre sacerdote, de Pedro el Ermitaño: todos quisieron partir; nobles y villanos, jóvenes y viejos, abandonaron castillos y cabañas para ir á orar á la tumba de Cristo: á millares de millares salian de todos los puntos de Europa. Hombres de veinte lenguas diferentes, se entendian sin comprenderse y marchaban reunidos baja una misma bandera, á una conquista comun.

El cristianismo reveló la Europa á sí misma, no hizo de toda ella mas que una gran familia. Union santa que bendijo Cristo en la agonía de la muerte. ¡Hácia nosotros inclina la cabeza, hácia el Occidente vuelve su mirada, porque sabia que allí no seria llevada en vano su palabra! La España, la parte mas occidental de la Europa, recibió del apóstol Santiago la fé, y pueblo predilecto de Dios, la conserva y conservará hasta el fin del mundo! Pueblo donde está arraigada la fé, los nobles ejemplos de desinteres, de valor y de la virtud, si bien sobre él puede pasar como pasó el soplo terrible de la cólera divina, si reinó en él la muerte y la desolacion, no pudo estinguir jamas los gérmenes de vitalidad y nacionalidad que habian sembrado en su suelo las virtudes. Con tal que los restos esparcidos y diseminados de un pueblo conserven su fé y su confianza, el tiempo y la justicia eterna enjugarán sus lágrimas, cicatrizarán sus llagas, le devolverán su antigua gloria. Así la

España, de Pelayo, protegida por el Altísimo, lucha por siete siglos contra el islamismo, y vence y llega á ser la nacion mas poderosa del mundo. Así en nuestros mismos dias, esclavizado el mundo por el guerrero del siglo, el nuevo Alejandro, Napoleon, álzase España en nombre de su religion y de su rey, da la señal al mundo de libertad, y el coloso que habia arrancado las coronas de sus reyes y herido con su cetro en la espantada frente á las naciones, vé confundido su poder en España, tan unida y compacta por el poderoso vínculo de sus creencias, que hacian de todos los españoles entónces una sola familia!!

LAS CATACUMBAS, Ó LOS MÁRTIRES.

CAPITULO I.

PERSECUCION POR LOS JUDIOS.

Principio del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diáconos.—Viages de los apóstoles.—Simon Mago, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viages.—Primer concilio de Jerusalen.—Imperio de Tiberio, Calígula y Claudio.—Carácter de los diez y ocho primeros años del cristianismo.

La milagrosa predicacion de Jesus comenzó en las inteligencias de los hombres una revolucion inaudita, que pronto completaron su muerte y su cruz legada á sus discípulos. Aquella profunda conmocion sacó al mundo de su letargo: los hombres levantaron la cabeza y tendieron su vista al Oriente. Todas las naciones se arrastraban quebrantadas bajo el yugo de los romanos, cansados por su parte de la gloria y sin creencia en sus divinidades. El universo, aunque deslumbrado por las pompas del imperio, esperaba algo mas poderoso que la antigua Roma, la gran divinidad de la época, rayo que amenazaba siempre y heria de muerte al menor grito de emancipacion y libertad. El mundo sufria bajo el yugo de Roma, como Prometeo entre las garras del buitre. Gran-